



desde dentro patxi vila *dolomiti*



Jueves 21-3-2006, por la ventanilla izquierda del erj-145 veo los “alpes torineses”, ya queda poco para aterrizar en Milan dos días antes de mi primera “San Remo”, una de esas cosas que desde que soy corredor he querido hacer, por el simple hecho de decir (como dicen en Italia) “...c’ero anchio” (yo también estuve). Un reto más de mi carrera deportiva, he corrido las tres grandes, vuelta al País Vasco, estuve en Lieja, Flecha, Amstel... y ahora San Remo. A decir verdad, hasta que vine a correr a Italia las clásicas me gustaban pero las vivía de otra manera, eran simples carreras de un día donde en poco tiempo se jugaba mucho.

Para mucha gente mi decisión de ir a Italia ha podido ser equivocada, pero cada día que pasa estoy más satisfecho de haberlo hecho. El irme al extranjero a correr ha sido una experiencia que me ha marcado de por vida, una de esas decisiones que cuando la tomas no eres consciente de su trascendencia real, Italia es a día de hoy mi segunda patria, el único lugar de los que conozco al que me iría a vivir si tuviera que cambiar de residencia.

Cuando aterricé en el país trasalpino allá por el 2003 de la mano de mi amigo Juanma Garate, para mí Italia era el país de la pasta y los Ferrari. Milán estaba en el norte y Roma más al sur, Bologna era un sitio donde al tomate de la pasta le echaban carne picada y Pisa una ciudad de listillos que habían sabido sacar provecho de hacer una torre mal. Aparte de eso... poco más. Los italianos unos bocazas engominados y con grandes gafas oscuras, Lombardía una carrera durísima y que nadie en España quería hacer porque a la semana siguiente había que empezar a entrenar para la próxima temporada. Con esta tarjeta de presentación os preguntareis que c... fui a hacer allí, ¿no? Sobre todo me motivaba correr hombro con hombro con Juanma, aprender una nueva lengua, conocer un país a fondo, una cultura, una gastronomía... Deportivamente sobre todo el Giro. No me preguntéis porque pero desde que recuerdo el giro me ha cautivado, las “volatas”, la épica que se vive alrededor, y sobre todo Dolomitas. ¿Quién no ha quedado cautivado por la típica foto de “Le tre cime di Lavaredo” con la casita de madera roja con tejado de pizarra en medio de una pradera en la que solo falta Heidi? ¿O con la impresionante vista de la Marmolada o el Passo Giau?

Paradójicamente, fue en España donde conocí a Marzio Bruseghin en ibanesto.com allá por el 2001. Italiano (Veneto para más exactitud) mi “hermano” italiano, él fue quien me introdujo el gusanillo “dei Dolomiti”. Marzio vive en Vittorio Veneto, provincia de Treviso, en Piadera, con Ale (Alessia). Junto a ellos, Saro, Izar e Hiru, sus perros y para que no falte compañía 17 burros Sards, rodeados de 15 hectáreas de viñedos. Piadera es una atalaya inmejorable desde donde se divisa por un lado toda la laguna Veneciana y por otro el murallón del Visentin, que da la bienvenida a los Dolomitas. En los últimos 3 años, mi mujer y yo nos reservamos una de nuestras semanas de vacaciones par ir a Piadera. De la mano de Marzio y Ale, nos perdemos unos días en Dolomitas, simples caminatas en compañía de dos amigos

rodeados de unos paisajes que a mí no dejan de ponerme la piel de gallina. Moles graníticas, praderas de un verde que casi hace daño a los ojos, glaciares (cada vez menos por desgracia)... Para mí, sinceramente es el sitio de los que he visitado más impresionante para andar en bici, la armonía que encuentro allí con el entorno, con la naturaleza es increíble, es allí donde el cicloturismo tiene un potencial que no he visto en ningún otro sitio de los que he estado. Esta es obviamente una opinión personal y a quien no le guste escalar montañas lo tiene crudo, “pianura” hay poca. Para mí, perderme por aquellas montañas con mi bici, ganarme a golpe de pedal por mis propios medios la vista que tendré en la cima, ganarme esa sensación de libertad de una bajada entre pinos alpinos sintiendo el viento en mi piel y el ruido de las ruedas sobre el asfalto, jugar con la bici en las curvas... sencillamente es mi vida. Algunos me tacharán de loco, otros de soñador, tal vez tengan razón, pero en esta sociedad de la prisa y el consumo, me siento tranquilo, en paz conmigo y con el mundo. Conmigo porque subiendo esas montañas siento que el “cuidar” mi cuerpo es un ejercicio de responsabilidad con la vida, un instrumento para la paz y el equilibrio interior, ejerzo mi libertad absoluta, no necesito más ayuda que la de mi bici. Con el mundo porque no le hago mucho daño, no contamina (obviamente intento dejar el entorno como estaba), disfruto de todas esas cosas buenas que nos ofrece, la paz de un bosque o la energía de una cascada de agua helada y transparente, los recorridos históricos donde se han forjado muchísimas hazañas deportivas, gestas épicas...

Deportivamente los Dolomitas me han regalado grandes emociones, los mayores retos los he encontrado allí. La dureza de los puertos y de los recorridos no admite comparación con ningún otro macizo, los “tappone” del Giro no tienen igual en lo deportivo. He corrido Giro, Tour y Vuelta y personalmente sin duda alguna las etapas de montaña más duras son las del Giro, la dureza de los puertos, su longitud y sobre todo su cercanía hace que en el cómputo general las etapas más duras. Podremos encontrar en otros sitios puertos más duros singularmente (Angliru por ejemplo) pero tantos tan duros y tan cerca, difícilmente. Además, si se ponen a buscar encuentran puertos que no subimos ni con piolet, como el Zoncolan este año o Plan de Coronas el año pasado, que muchas veces están al límite de la ciclabilidad. En el 2006 por ejemplo la 20ª etapa, se subía Tonale, Gavia, Mortirolo y Aprica, llegué undécimo por lo cual se puede decir que anduve bien, pues bien, Mortirolo había momentos en los que mi cuentakilómetros no marcaba 2 dígitos y eso es para mí el límite. Cuando una persona va más deprisa a pie que tú en bici, deportivamente creo que es el límite.

Os podría seguir hablando horas sobre esas montañas y contaros mil cosas pero mi recomendación es que si os lo podéis permitir una vez en la vida vayáis, viváis la experiencia de estar allí. Seguro que el gusanillo también os ataca a vosotros y volvéis.